

1er PREMIO RELATOS

Bailando con Insomnio - Izana Cristina Dueñas Palma

Sufro insomnio desde niña. Creo que es de los mayores males del ser humano: chupar techo por la noche. Repasar lo que deberías haber hecho durante la jornada, reprocharte cosas del pasado, tener la palabra justa para aquella discusión... y lo peor, el mayor combustible de la ansiedad nocturna, lo que más me impide dormir, es el no saber qué va a ser de mi vida. Estoy en mi treintena y no tengo trabajo estable, no tengo casa, no tengo pareja. Pero a estas alturas, la apatía y la depresión me engullen, a veces no tengo ni ganas de hacer, tener o ser. Extraño aquella adolescente que fui, todavía hay parte de ella en mí. Sigo confusa y desordenada en Algeciras.

Ahora comparto la almohada y las preocupaciones. Está a mi lado tumbada en la cama. Hace años que Abadón apareció, no recuerdo donde nos conocimos. Puede que en un after universitario, escuchando Rosas de la Oreja de Van Gogh. Porque ocasionalmente una feminista solo quiere dejar de cuestionarse el mundo, abandonarse al alcoholismo y perderse en su fetiche más heteronormativo: el amor romántico y el "por eso esperaba con la carita empapada que llegaras con rosas, mil rosas para mí". Las sobredosis de amor serán por las heridas por la relación con mi padre. Vacíos que he intentado llenar acercándome a chicos que proyectaban la misma energía pasivo-agresiva y narcisista.

La miro y le pregunto cómo empezó lo nuestro. Ella tampoco lo recuerda y me parece súper extraño. Abadón, bueno, Aby, es una tía súper rara en realidad. No sé quién coño es. Pero es de las pocas personas que se ha quedado de forma permanente en las etapas de los últimos años. Es esa amiga, un poco plasta y doña sabelotodo, con la que hace mucho tiempo que te juntas aunque no sabes muy bien por qué. No lo soportas pero la quieres demasiado. Su intuición no falla y siempre te hace reír. Tiene un punto sarcástico y oscuro. No reprime sus emociones, envidia eso en cierto sentido.

Estoy acostumbrada a que sus intentos por cuidarme acaben en batalla campal. Nuestros desacuerdos y peleas son habituales. Como el perro y el gato, tenemos ese tira y afloja. Pasamos muchas noches juntas. Me hace compañía con el insomnio y tal. Al principio era en plan guay, pero ahora no se

va. Me levanto y sigue ahí, desayunamos al mediodía y me hace la cucharita en la siesta por las tardes.

Los primeros recuerdos que tengo con ella, se remontan a cuando estaba con mi primer novio. Por aquellos tiempos, yo solo tenía veinte años. Me soltaba peroratas sobre el amor propio, la importancia de estudiar, escuchar a mi madre, ser responsable, etc. Pero luego era la primera que me invitaba al piso de Juan, con el resto del grupo, a fumar y beber. Odiaba su aspecto, andaba despeinada, había dejado de maquillarse. Decía que le empoderaba. Pero realmente Abadón se estaba desconectando de su cuerpo. Iba con harapos que se ponía en casa de sus colegas, pasaba mucho tiempo en las redes sociales haciendo scroll y fumando porros en piloto automático.

En esa época cuando estábamos solas, le confesaba que no me veía con Juan a largo plazo, que pensaba muy a menudo en cortar la relación. Lo que realmente deseaba era ir a la universidad y vivir como una soltera de "Sex and The City". Nos reíamos sin parar. Pensábamos que no servíamos para eso. Solía decirme que las únicas carreras que íbamos a tener, iban a ser las de las medias. Hablaba de aventuras, deseaba arder y experimentar. En ese rollo desaliñado-perroflauta de fluir, había algo que me atraía mucho de esa chica con septum y medias rotas de rejilla.

Al final, rompí con Juan y su apoyo fue sin juicios e incondicional. Recuerdo cuando me decía que mandara a la mierda los tacones, nos fuéramos en converse de rumba, y me olvidara de ese indeseable. Me acompañó en un camino en el que entendí que el amor no es suficiente. Con el amor no basta para ser feliz.

No tenía que aguantar que Juan me menospreciara, me explicara asuntos como si fuera tonta o una niña y, en general, tuviera ese recelo ante el hecho de que viera más allá de nuestra relación y esa jaula. Sus amigos, su Barrio, las cuatro paredes de su casa y esa forma posesiva de acaparar mi tiempo, hacerme sentir culpable, darle la vuelta a las cosas. Todavía me cuesta ponerle nombre a lo que me hizo. Descuidé por completo mi amistad con Aby. Todavía me cuesta perdonármelo.

Cuando estudiábamos psicología en la universidad a los veinticinco años, se empezó a interesar por el mundillo de las relaciones abiertas. Me vendió tan bien la película, que en aquella escena yo reconocí mi bisexualidad y empecé una relación abierta con una chica. Trataba de desconstruir mi deseo, desafiar los roles de género, pero joder, me sentía culpable y asquerosa. No es solo que la sociedad no esté preparada para este cambio de paradigma, es que yo tampoco lo estaba, ni tenía la mente tan abierta como quería aparentar.

Un día de esos, rayada con Abadón en su salón, me echó una sonrisa pícaro mientras me poseía con una mirada triangular, una de esas que van de los ojos a la boca y vuelven a los ojos. Estábamos tomando un té de canela con leche de almendras, sabía ligeramente a panela y a piel de naranja. Su sabor era delicioso y el té también. Tan bonita e inteligente como una trampa mortal. Tremendamente suspicaz, capaz de analizarme en pocas palabras y un par de gestos. No escondía su deseo, se le notaba en la cara. Yo suspiraba con los labios entreabiertos. Ojalá comunizar los afectos, convertirme en incienso y anarquía. Solo quería soltar la pose, sentir sus labios mojados de canela. Ella fingía inocencia sosteniendo su taza humeante.

Iba y venía en su conversación. Perdida en el vaivén de sus manos. La observaba acariciarse la melena rizada de color castaño brillante. Hablaba de su relación con el arte y la psicosis maníaca, la literatura de Dovtojevski y el Cisma de Oriente. Tiene sus propios códigos que no entiendo, me siento retada intelectualmente. Me sorprende su generosidad. Lo da todo a pesar de ser una persona tan golpeada en el camino. Ella ama "Como Aman Los Pobres"

Me senté a su lado en el sofá. Me acerqué mucho para contarle que el día de mañana soñaba con comprarme una furgoneta campera. Secretamente anhelaba ese ideal con ella. Dos hippies en una casita del lago, como en "El Diario de Noa" pero versión bolleras.

Tras aquel trance, me desperté en mi cama. No sabía si me había corrido o me había meado soñando que le contaba mis fantasías espirituales más profundas a mi colega. Me preguntaba por qué me ponía más cachonda la intimidad que el sexo oral.

Puede que eso tuviera que ver con mi última relación. La causa por la que ando viajando en el tiempo en mis recuerdos. Sin saber si culpar a mis exparejas o a mi misma de este desastre emocional. Él iba de macho alfa pero no sabía dónde estaba el clítoris, y me dejó por teléfono el día de Navidad. Nada más que añadir, señorita. Creo que no hay culpables de mi insomnio esta noche. Y contarle esto a Aby una vez más, solo me hace sentir una carga, una pesada y una tía con dependiente que no sabe lidiar con sus sentimientos. Por el contrario, ella me trata con la máxima ternura y paciencia. Me habla de espacios seguros y redes afectivas. Siento que no la merezco. Me siento muy inútil y culpable. Olvido por completo la influencia de mi contexto intrafamiliar y sociocultural mientras voy a mear. Empiezo a maldecirme. Otra noche sin poder pegar ojo. Soy una gilipollas que ni siquiera puede hacerse dueña de la maquinaria de sus pensamientos y, finalmente, morirá sola y desquiciada por completo.

He tenido mala suerte y súper pocas oportunidades, pienso sentada en la taza del váter. Repaso mentalmente historias de algunas compañeras de bachillerato que se fueron a estudiar a Madrid o cuyos familiares estaban forrados de pasta. ¿Por qué yo no?, pienso.

Otro flashback, Aby diciéndome que por qué no sino para qué. Que Dios hace las cosas con un propósito. Socorro. Necesito que desaparezca, es una perdedora y sospecho que son sus consejitos los que me han empujado al borde del precipicio. ¿Por qué no podré rodearme de personas normales?

De pronto, veo su rostro afilado por accidente, siento su dolor y me reconozco en él. Veo sus ojeras amarrotadas e hinchadas por el cansancio. La chica del otro lado del espejo soy yo. En el reflejo veo a Aby, mi Ángel de la Muerte. Y no puedo entender cómo he estado tanto tiempo coqueteando con la autodestrucción, muy consciente de que no habrá una segunda oportunidad.

Me pido perdón por haberme tratado como a una enemiga. Me detengo a mirarla fijamente. Aby, te perdono por esta noche en vela, solo buscabas llamar mi atención.

Y así, a causa de ese episodio de insomnio tomé una decisión.

Ana era una amante de la decoración, siempre buscando la excelencia. Estaba obsesionada por encontrar el sobresaliente en los espacios, en los colores de la pintura, en el reparto de los espacios. En ocasiones, ese nivel de exigencia le conducía a batallas internas frente a si era preciso tanto esfuerzo para luego no poder mostrarlo a un público experto, un público que supiera valorar su talento, que le ofreciera un reconocimiento social. La pelea era cruenta, aunque siempre se sobreponía la búsqueda de lo que ella denominaba “arte autocomplaciente”.

Sabedora de su belleza, se sacaba el máximo rendimiento. Su cita de esa noche acudiría con camisa y zapatillas blancas además de pantalón vaquero color azul claro. Las webs de citas se habían convertido en su mayor distractor de ocio. Ella entró en la cafetería. Eran las ocho y cuarto de la tarde; gozaba llegando con retraso a sus citas. La sensación de espera, las expectativas y los nervios que se generaba en los hombres a los que iba a conocer, le concedían un control de la situación y cierta ventaja en la partida que se proponía plantear en el proceso de seducción; además, le proporcionaba un halo de importancia en el encuentro de dos. En la televisión de la cafetería, de nuevo, trataban el tema de los asesinatos acaecidos en los últimos meses en la ciudad. Las víctimas, un hombre y una mujer, habían aparecido despiezadas por diferentes puntos y sin aparente relación entre ellas, se trataba de un hombre y una mujer. Durante un buen tiempo, se percibía en la población cierta tensión y desconfianza, si bien es cierto que la dinámica de la ciudad no tenía tiempo para detenerse; buen ejemplo era Ana y su costumbre de citarse con desconocidos. De entre todos los usuarios que consumían a su alrededor, divisó a un joven que lucía una interminable sonrisa a juego con un atrayente verde color de ojos. Vestía el atuendo acordado entre ambos en el chat de citas. Esa camisa blanca ceñida dibujaba un torso trabajado durante buena cantidad de horas en los gimnasios. Los jeans Slim fit que dejaban a la vista los tobillos, tal como la moda masculina había establecido durante el último lustro, resaltaban unas piernas fuertes con unos

glúteos loables. Presentaba porte de chulería en su forma de caminar mezclando de forma excelente con sencillos y seguros con sus manos. La velada prometía sexo, y posiblemente del que se aloja en el hipocampo por mucho tiempo. La aplicación de citas la había proporcionado algunas noches mágicas, inolvidables. Ambos se reconocieron en la distancia. La agasajadora sonrisa que esbozó el muchacho dejó claro que su primera impresión hacia ella también había sido muy favorable, pese a no ser reconocible con la foto que en la web se presentaba. La charla de reconocimiento se extendió durante hora y media, con sonrisas cómplices, miradas arrebatadoras, gestos ensayados y conversaciones divertidas. Le llevó a su piso, arrastrada por sus impulsos más salvajes. En el ascensor se sucedían los besos pasionales, las caricias sensuales, los suaves roces intencionados. Mientras él no dejaba de besar y lamer con absoluto ardor el cuello, nuca, orejas y esternón de Ana, ésta acariciaba a través del vaquero el ya durísimo pene erecto del joven. Por momentos sentía que la excitación y las expectativas podrían provocar que se mareara antes de llegar a su casa. Por un instante fue consciente de que su tanga negro estaba absolutamente mojado en su parte delantera debido a la cantidad de jugos que no dejaban de rezumar a través de su vagina. Eros les condujo a través del pasillo hasta la puerta de entrada, que Ana consiguió apenas abrir después de varios intentos. El suelo estaba forrado de cartones que apuntaban mudanza inacabada. Las paredes recién pintadas de un hermoso rojo intenso, aunque con algunas zonas aún enyesadas que señalaban que el rodillo no había finalizado el trabajo. La cama de dos metros de ancha, que parecía construída para el fin que allí había llevado a los amantes, les recibió cuando ya apenas tenían ropa que cubriera su piel. De forma impredecible aunque absolutamente programada por el muchacho, comenzaron haciendo el amor con suavidad a través de un memorable misionero, con delicados movimientos que resucitaban la ternura más aseada y acompasada que Ana pudiera recordar. La cascada de sensaciones la llevo a su primer orgasmo. Comenzaron a follar con fuerza, incluso cierta agresividad desmedida. Las embestidas eran incontenibles. Llegaron al orgasmo al unísono, suponiendo un segundo acto en el haber de la joven. Ella, se le quitó de encima, dejándole tumbado boca arriba con el cuerpo estirado ocupando un buen espacio de cama. A continuación, Ana estiró su brazo y, con su mano

menos hábil, la derecha, asió un cúter que escondía bajo la almohada. No dudó en degollarle a la par que se levantaba con la celeridad de una gata y cogía el cubo que estaba junto a la pared con el propósito de recoger toda la sangre posible que emanaba del cuello de la víctima que agonizaba, perdiendo todo su ímpetu y dejándose manipular cual animal que llega a su final.

Más pintura para sus incomparables paredes. Por fin podría terminar el trabajo del rodillo en el apartamento y proseguir con las labores de decoración. Una nueva victoria de su “arte autocomplaciente”. Habría que cambiar los cartones de nuevo. Pondría cuidado al desmembrarlo con el serrucho y la sierra de calar. De nuevo, la voz que retumbaba en su cabeza felicitándola por otra noche fantástica en su excelsitud en decoración. Se sabía única. A ver cuánto tardaba en cambiar de ciudad en busca de nuevos objetivos, aunque ahora, tocaba disfrutar.

Llueve sobre Nápoles. El consistorio no deja lugar a interpretaciones: el agua está mojándola. La humedad es aquí vana y cruel, se mete a leguas de las uñas y cuando quieres encontrarla te ha hecho pedazos. Desciende lentamente un coche, delatando su rastro entre la bruma y formando olas que golpean los bordillos y se devuelven a los tapacubos. Él tiene las manos llenas de surcos. (hay quién todavía juega a pellizcar el agua). Acaba de sonar la puerta al cerrarse y se ve que han encontrado a la humedad cayendo por su mejilla. Al fondo de la calle camina el tumulto solitario conformado por la unión de un hombre con sus sombras. No parece importarle el color del cielo, ni los canales llenos de colillas, menos aún el barro en sus zapatitos (antes los cuidaba).

El vestido le pesa, y las dudas. Hoy no hay tiempo para los juncos y su danza. Lo está viendo verla, pero no se aproxima. Él llora. Lloro tanto que no late apenas y se reflejan los rizos en las lágrimas. Un coche lo rebasa a su izquierda y siente los pies mojados. (no eran impermeables sus zapatitos). Han llegado al mismo punto y permanecen quietos y callados, sobre todo callados. Hasta ese día eran verdad los alfabetos y el lenguaje. Parece que se miran, pero no se escuchan, no hay forma de escucharse, el ruido cae con la lluvia, y la lluvia duele y quema. El alcantarillado no drena bien y la carretera está prácticamente inundada, por lo que se refugian aún en sus dos orillas. No se atreven a mojarse, aún con los zapatitos permeables y la mejilla húmeda, no se atreven a nadar y mojarse. Se aparta el pelo de la cara y los ojos, que ven como se pierden las luces traseras entre el vaho y el giro a derechas. Lo vuelve a mirar, y lanza al aire un beso. En la otra acera han caído dos rodillas y la esperanza, que se pierde detrás de la esquina, con el último destello de sus rizos mojados y el primer atisbo de que el agua lo ha calado.

Al fondo, en el mediterráneo, las olas sacudían con fuerza el casco de aquellos dos buques que chocaron y encallaron.

Sólido

Aquí sentado en la fuente, bajo la larga panza que dibuja la sombra de los olivos en el jardín, aclaro que no he sido yo. No he sido yo nada, ni nada ni nunca. Ahora me he dado cuenta, cuando el pavor me ha consumido y ya solo me limito

a regar y a leer. También a desentregarme a las ideas, me explico: todos estamos solos aquí arriba, por encima de las cejas y decidimos a qué dejamos entrar. Hay cosas que se apropian de nosotros hasta tal punto que no podemos definirnos en singular y siempre estamos jugando a ese juego de ir agarrados. En el fondo siempre lo supe, no que era suyo, sino que pasaría. Y pasó. Pasó lo de la nada después del todo y lo de las ideas eternas y puntiagudas, cuando los alfileres en las costillas y las tardes persiguiendo espejismos. No me importa ya, lo digo de corazón, no por mí al menos, pero las ideas se han ido de los lugares, y ahora pasan tanto frío que les duele, casi se les escucha llorar y cantar canciones al abandono.

Recuerdo que aquella noche de aquel día no cené, solo mascullé unos cuantos telodijes tan ásperos que no pasaron del esófago. Se me atragantaba aquel coche doblando la esquina del nunca más y ese olor a pino que desprendía. Después, de postre, mangata y agua salada en la retina. En el mar solo quedaba uno de aquellos viejos buques encallados en el golfo. Al final estaba claro que se me habían podrido las ideas, todas y cada una de ellas. La más páfida me repetía constantemente abandonarme al Sarno, y la más viva, ensordecía los oídos con palabras de arrepentimiento, hacia aquella otra noche, la de los silencios y el miedo a mirar. Te habría dicho tanto, lo prometo, pero cómo iba a desperdiciar el azul de los jazmines, como íbamos a quemar todo aquello y después rociarnos en el polvo, qué hubiese merecido menos la pena que hacernos tanto daño. No podíamos, no podíamos desperdiciar ese azul, por eso las últimas veces, siempre en silencio y acobardados, y todos los lugares fueron recorridos poco a poco, despidiéndose, muriendo un poco cuanto más nos acercábamos. Solo sé con certeza, que cuando te fuiste te llevaste el azul, por eso aquella rabia, porque alguna vez nos amamos, y fue allí donde compartimos ese cacho de tierra, en aquel espacio donde también llega el sol. Hubo alguna vez en que los alguna vez fueron presente, y alguna vez serán pasado, no todavía, mientras mis pies se llenen de arena y el sol siga alumbrando en este cacho de tierra sin olor, cuando el mar no me devuelva con las olas retazos inconclusos de tu ser: aún tengo tus cenizas entre los surcos de mis dedos.

Gaseoso

-Ha aparecido una carta en el cajón de la 204 doctor, está a nombre de “La lluvia”
-dijo vacilando- y va dirigida a “El mar”.

Su ayudante le pasó la carta intrigado y un poco aturdido. El doctor separó el papel escrito del sobre que lo contenía, y lo examinó detenidamente.

Quiero escribirte un tango.

Lo tengo claro, elegí la vida mi vida. Nos elegí sobre las malvas trastornadas que me miran con los ojos de silueta cuando entono vales. Éramos nosotros o el agua me decías, nosotros o toda la lluvia que caía siempre a lo lejos, siempre tan lejos.

Admito que ya no bailo sola y sé que admitiéndolo estoy hiriendo tu orgullo tanto como la violencia del vuelo encerrado, pero debo hacerlo, prometí siempre sernos sincera. “He ejercido la pluma” (esto lo entono con tu voz de alquitrán), tanto ha sido así que tengo poemas para mínimo tres libros. Solo he publicado uno. Piérdete en alguna librería de la zona estos días y pregunta por algo parecido al coqueteo y los barcos.

Nunca me despedí de ti, ni de mí cuando éramos nosotros. Esto ha sido la reconciliación con los adioses que se me quedaron guardados, esto y el libro. He decidido marcharme, creo para siempre hasta que dure un siempre, a un lugar donde no llueva, el agua no me deja escribir tangos. Tenlo claro, elige la vida mi vida.

La lluvia

Su expresión era fija, con una mezcla de dureza y abrasión. Tras unos minutos, levantó un poco la ceja izquierda y dejó la carta sobre la mesa. Juntó las manos en su barriga y se recostó en la silla mientras miraba al techo.

- ¿Recuerda aquel paciente puntiagudo que apareció flotando en el río?

- ¿El de los zapatitos dice?

- Sí, ese.

- Sí señor, aquel hombre al que encontraron al borde de la hipotermia en el jardín de su casa. Si no me falla la memoria tenía todo el jardín lleno de bloques de hielo en los que esculpía a pellizcos algo así como poemas deformes. Decía que eran para su madre, que el verano se los entregaría. -Levantó la mirada en busca

de una aprobación- Las veces que lo atendí repetía constantemente que le dolían mucho las rodillas. ¿Por qué me lo pregunta?

- La carta iba para él.

- ¿De parte de quién, señor?

- De su madre, creo.

Ninguno de los dos comprendía nada. Tras unos instantes de duda, el psiquiatra se levantó y ordenó a su compañero que arrojara la carta al retrete. Él aceptó desubicado, pero cuando iba a dejar la estancia, se volvió.

- ¿Qué padecía aquel pobre diablo, doctor?

- Nostalgia -sentenció-, y un grave trastorno de ansiedad por separación.

Aquel día de junio, el azul lo inundaba absolutamente todo. Mientras las líneas se deshacían en el inodoro, un chico había estrenado zapatitos nuevos. Iban a vender la casa de su padre, aquel viejo chalet lleno de olvido en la colina. Cuando llegó al caserío, obvió a su madre y a los compradores y se dirigió al salón, que estaba repleto de cuadros con el marco en forma de ondas. En uno de los cuadros había una foto de un niño sujetando a una perra agarrado de su madre; en el de al lado, una foto en blanco y negro del mar desde aquella colina donde se apreciaban dos buques varados. Debajo, una urna llena de polvo. Cogió el cuadro de la estampa familiar y se dirigió al jardín que se presentó ante él como una imagen demasiado tétrica: corrían hilos de agua colina abajo, hacia el río Sarno, que provenían de moldes ya secos en gran parte. Se acercó al único que todavía lloraba, el que estaba a la sombra de los olivos, justo encima de la fuente, y pudo ver unas pequeñas hendiduras en el hielo. Apenas se apreciaban, pero pudo leer: "Aquí sentado en la fuente, bajo la larga panza...". Tras esto, levantó la cabeza hacia el mar, en el que creyó distinguir la estela en el agua de aquellos buques de las fotos que ya no se apreciaban en la lejanía. Lo rodeaban jazmines marchitos y restos de silencio por el suelo. Le quitó el marco a la foto para poder guardársela en el bolsillo, y la inspeccionó. En la parte trasera, había, escritos a mano, unos versos de Lorca: "y hay barcos que buscan ser mirados para poder hundirse tranquilos". En aquel momento comenzó a llover sobre Nápoles.

(Quiero volver a mi hogar,
pero mi hogar es la boca del lobo.

Warsan Shire)

Hoy pega el sol tan fuerte que Pirata tiene que correr jadeando hacia los charcos, para detenerse, con un gemido de dolorosa frustración, al comprobar que esos brillos acuosos que parecen llamarle, frescos y umbríos, solo son reflejos en el asfalto, delirios de su pobre mente confusa.

Tiene sed. Creía que lo más terrible era el hambre mordiendo las tripas, pero ahora comprende que aún peor es la sed. Para aliviarla un poco, debe caminar por calles sin sombra. A ambos lados, los árboles sobre los que le gustaba marcar su territorio hace tan poco tiempo, muestran la desnudez de sus ramas cenicientas, esqueletos de un batallón que continúa su guardia estéril. Pirata cojea hasta la tubería quebrada junto al que ayer fue parque, y pega el hocico en una angustia de moho y escasez que, gota a gota, consigue refrescar su anhelo. Sabe que, en cuanto se aleje otra vez, la sed volverá a pegarle la lengua al paladar y el suelo dibujará espejismos en sus ojos confiados.

Ha vuelto, como cada mañana, a la avenida grande donde cayó la abuela. Su olor todavía sigue embriagando el ambiente, a pesar del polvo, los agujeros y la sangre que el calor saca a flote como pinturas fantasmas. Por un instante que se repite cada día, Pirata acelera el paso y corre, meneando el rabo, hacia un bulto oscuro que al llegar a él resulta no ser nada, unas ropas tiradas que se quitó la anciana para recibir a la muerte ligera de equipaje. Pirata había oído, con su último suspiro, un: “¡Caramba!, ya que me tengo que morir, no se me lleve con esta bata vieja, que voy a parecer una andrajosa paseando la eternidad”. ¡Qué graciosa era siempre, con sus chascarrillos y su energía, llevando de un lado a otro aquel cuerpecillo chico, incapaz de parar un minuto! Durante dos días, Pirata no pudo comprender esa inmovilidad absoluta, a pesar del olor a hierba recién cortada que el olfato cándido relaciona con la muerte. No asimilaba que la abuela pudiera estarse así, tan quieta, tan fría, a pesar del calor que él intentaba darle. Y luego la echaron al camión como quien tira un saco, y Pirata corrió detrás hasta que se clavó un cristal que le hizo aullar de dolor pero, sobre todo, de ausencia. Y se quedó sentado en mitad del asfalto lacerado, junto al árbol que yacía en la acera mostrando, impúdico o indiferente, sus raíces, y miró mientras el camión se iba haciendo chico entre saltos. Después, volvió al sitio donde aún olía a abuela y a hierba, y se tumbó a lamerse la pata que sangraba.

Sigue volviendo cada día, en ritos que intenta repetir esperando que se obre el milagro y descubrir, de pronto, que ha sido todo un sueño, que sigue en la cocina calentita de casa, junto a la mesa, y que mamá está tostando pan, y el café recién hecho despierta, con su perfume sugerente y evocador, a los niños, al padre y a la abuela, y todos van bajando... El niño en pijama, la chica todavía sin pintar (que para Pirata está más guapa y huele mejor que en ningún otro momento del día), el padre recién afeitado y agobiado de prisas, la abuela con sus pasitos rápidos y su voz demasiado alta, siempre cariñosa con él, echándole trocitos de galleta por debajo de la mesa a pesar de que todos le dicen que un perro no puede comer dulces porque se queda ciego. ¡Ay, caramba!, dirá la abuela, y nosotros nos ponemos gordos, pero bien que los comemos, pobre Piratita, hombre, qué daño le va a hacer un cachito así de chico... que antes no había tanta “ilustración” y los perros comían de lo que hubiera, y no pasaba nada.

Y la tele, de fondo, hablará, como siempre, de desgracias que a ellos no les atañen y por tanto no llegan a quitarles el apetito, pero, como entristecen el ambiente, mamá, decidida, cambiará de canal y dejará los dibujos animados que nadie escucha pero que, al menos, no deprimen.

Pirata quiere volver a las discusiones que no eran peleas, cuando la chica pedía que le compraran la última moda en móviles o en ropa, y el niño mentía asegurando que no tenía deberes del cole para que lo dejaran jugar a los videojuegos. Días en los que mamá se lamentaba por tener que estar en la cocina tan temprano mientras que los demás se lo encontraban todo hecho, y Pirata le lamía la mano para demostrarle que le daba toda la razón.

¿Dónde habrán ido a parar aquellos días? Tenían una casa, un colegio, tiendas, trabajos agotadores y mal pagados –como todos-, pero que dignificaban, e incluso cometían esos pecados capitales –envidia, pereza, codicia...- que, vistos ahora desde donde nadie debiera estar, se ven tan lejanos como imposibles: pasiones humanas que los que tienen que dejar su tierra sin derecho a futuro ya ni pueden experimentar porque el hambre y la miseria prevalecen sobre cualquier otro sentimiento.

Pirata los ha visto salir corriendo, arrastrando maletas que tuvieron que dejar en el camino, tirando de la mano de los más pequeños, con el sudor cayendo por la frente, lleno el pelo de tierra que se convierte en barro. Con el aliento que se va haciendo maloliente porque, al echar a correr, no da tiempo a coger ni un cepillo de dientes, ni una pastilla de jabón, ni un peine, y la ropa se va atiesando, oscureciendo, y los zapatos se convierten en parte de uno mismo, y primero no te atreves a quitártelos delante de nadie por temor a oler mal, pero llega un momento en que no lo notas porque el olor forma parte

de ti mismo, de la huida, del miedo, de los que, como tú, buscan seguir viviendo a pesar de haberlo perdido todo, el rebaño que primero es acogido en polideportivos, después en campamentos y finalmente en campos de refugiados de los que solo el color diferencia de aquellos, en blanco y negro, de los años de la vergüenza.

Pirata recuerda a la chica que se ilusionaba al descubrir una nueva manera de maquillarse, al padre que comparaba lociones para la alopecia, a la mamá que se preocupaba de no utilizar detergentes que afectaran al medio ambiente. Recuerda aquel olor a canela y miel de las tortas que la abuela horneaba los domingos para merendar juntos mientras veían la película de la sobremesa. Recuerda las carreras detrás de la bicicleta del niño, y las tardes serenas, de un verde que se volvía oro, buscando aventuras en ese parque que ahora es cementerio. Añora aquellos tiempos en los que era la mascota querida de una familia normal a la que la guerra todavía no había taladrado en mitad de la entraña.

Caminando lento, muy lento, bajo ese sol que achicharra conciencias, llega hasta un barrio que todavía permanece en pie. A ambos lados de la calle, los bloques de pisos se yerguen, a oscuras las ventanas cual centinelas asesinados dentro de su armadura. En un portal, una niña con la carita llena de mocos secos le mira, casi incrédula, en un destello de recuerdos que ya no pueden ser, de cuando había perros para tirarles la pelota, y mirlos en los árboles para arrullar las hojas, y madres con olor a madre. Pirata la mira, tan sorprendido como ella, y en los ojos que se cruzan hay un diálogo que, si tuviera que ser transcrito, llenaría todos los libros del mundo. Un instante después, un camión con la trasera abierta irrumpe surgiendo de la boca del infierno, y varios soldados de quién sabe qué ejército, bajan haciendo ruido con las armas, como protagonistas de esas películas que a mamá no le gustaba ver. Uno de ellos, al pasar, empuja a la niña, que se golpea en la frente con el quicio de la puerta. Pirata ladra, furioso, y dos culatazos le golpean, uno en el morro y otro en el lomo hambriento por el que asoman las costillas bajo la piel pelada. Un gemido largo se le escapa a pesar de un dolor que él quisiera callado, como el de sus humanos que se perdieron en una noche de vapores rojos.

Gritos, llantos, pasos que se apresuran hacia el portal. El miedo es húmedo, caliente y frío a un tiempo, como una túnica de lana que de pronto se empapa. Pirata se acurruca a un ladito, cubriendo a la niña con su cuerpo tembloroso. A empellones ve salir al chico. Es -¿era?- el novio de la chica, su chica, la que estaba tan guapa por las mañanas. Tiene sangre en la boca. Con él sacan a un viejo al que Pirata reconoce también, el que días atrás repartía migas por el parque y luego atrapaba con una caja de cartón a la paloma

más incauta y se alejaba corriendo, con una mueca que no sabría decirse si era risa o llanto.

Al pasar junto a Pirata, el soldado de antes le da otro culatazo, éste en la cabeza, y algo espeso y cálido le nubla la vista. La niña, cuidadosa, le limpia con la manga, y así él puede ver cómo se aleja el camión, y los ojos del chico clavados en los suyos, y su boca, que murmura sin voz “Pirata, piratilla...”, y luego se duerme, y la niña tiembla con su frío. Pirata quisiera dejarse ir, dormir, pero ¿y si vuelven?, piensa; ¿y si vuelven y no me encuentran? Su dolor le responde: ¿Adónde van a volver? No existe ya su calle, ni su casa; igual que tú, ya lo han perdido todo. Ya solo son tristes apátridas detenidos en alguna frontera, mirando pasar trenes que silban el dolor de los que ayer eran personas y hoy son ganado que nadie sabe dónde colocar para que no moleste.

Tú eres afortunado: te mueres, Pirata, y no has tenido que comerte a tus hermanos, ni has peleado a dentelladas por una piltrafa de la gatita blanca que veías en la ventana de enfrente cada día. Serás pasto para que otros duren unos día más. Mira las moscas, azules, revoloteando sobre tu cabeza: ellas siempre saben cuándo llegar.

Afuera, en aquel mundo injusto de guerras y codicia, el hocico de un perrillo vagabundo muerto de añoranza y palos burbujea abierto al sol de julio como una granada roja y brillante.

Relato de ficción inspirado en hechos reales.

Institución Mental de Montdevergues Les Roses,

Francia, 19 de octubre de 1943.

Tormentas de pólvora se desencadenan por doquier. Se suceden sin tregua los aguaceros de metralla. Desolación. Sangre. Muerte. Duelo. Luto. Las bombas explotan en rosario sobre la faz de la tierra, para esquilmarla con su fuego de tragedia. Metástasis de terror que alcanza e incinera el ánimo de las personas, despedazado como ya se encuentra por la ferocidad humana, desatada sin control. Orgía de maldad y fanatismo. Plaga de hombres alistados en jaurías de depredadores sanguinarios.

Las demoledoras secuelas de la Segunda Guerra Mundial no cesan de esparcir hambre, tristeza y miseria que no saben de fronteras, ni distinguen razas ni reconocen religiones. La alargada y mortífera sombra de la devastación ha teñido con un intenso tono gris los jardines y muros del otrora regio edificio; árboles y fachada principal del psiquiátrico ahora presentan un aspecto decadente, como si hubieran recibido brochazos de dejadez y abatimiento.

La atmosfera de la pequeña estancia, una suerte de celda de tortura, está anegada por la pestilencia que mana de la suciedad, de los restos putrefactos de comida. Los orines y excrementos se desbordan de la escupidera, y se esparcen por el suelo como una lengua nauseabunda. Más que la habitación de un sanatorio mental, el cuchitril aparenta ser el interior de

una crisálida que transmuta a las personas que la habitan en engendros repulsivos. Los mugrientos tabiques de la estancia rezuman una grasienta humedad que, transfigurada en un denso aliento glacial, penetra en los huesos de la mujer que permanece encerrada en ella, como si el otoño helador, armado con uñas de hielo, le rasguñase la piel y le desgarrase la carne en una ofensiva imparable contra su ánimo.

La interna —veintinueve de sus casi setenta y nueve años vividos los lleva malvividos entre esas opresoras paredes— permanece acurrucada en el camastro, transfigurada en una cochinilla de aflicción y extravío bajo las sucias sábanas y la manta pestilente, que parecen confeccionadas con sucios hilos de escarcha. La fiebre la embarga desde hace varias semanas. Tirita. Suda. Ríe. Llorra. Delira. Grita. Suspira. Balbucea palabras ininteligibles. Mas nadie hay junto a ella que pueda aliviar su sufrimiento, ni tan solo que muestre algo de interés por desentrañar las frases inconexas que salen de su boca, de labios cuarteados, y dientes corroídos por un orín de caries. La soledad vela su agonía. La Parca acecha impaciente a su presa.

Un pajarillo de plumaje colorido detiene su vuelo sobre el alfeizar de la minúscula ventana, por donde la luz penetra como arpones de claridad contra sus ojos amortajados por una costra de pitarras. Los trinos del ave llaman la atención de la mujer; saca la cabeza de debajo de la ropa de la cama, como si ella fuera una tortuga centenaria que asoma la testuz fuera del caparazón para ver qué de bueno puede ofrecerle la vida que la rodea. En su mirada, de párpados entornados, flamea el escepticismo; ya no cree en el mundo, ni tiene fe en las personas, menos aún en aquellas que tuvieron lazos de amistad o familiaridad con ella en un tiempo lejano, aislada como se encuentra desde hace décadas por orden de su hermano Paul. El descreimiento es su mandamiento de vida, de supervivencia frente a la fatalidad a la que fue apersogada sin una sola razón que lo justificase.

El desfallecimiento ha tallado unas profundas y macilentas ojeras en el rostro de la paciente. Barrancos de desesperanza, excavados por las lágrimas que dieron lugar a torrentes de angustia y congoja, ajan sus añosas mejillas, alabastrinas y enjutas. Respira con una veloz sucesión de resuellos que no

sosiegan la necesidad de aire que precisan sus extenuados pulmones. Mantiene clavados los ojos, de mirada glauca y decadente, en el pajarillo. El ave sacude las alas al tiempo que trina. Da saltitos de un extremo a otro del alfeizar de la ventana. Aletea de nuevo, aunque no parece que tenga intención de levantar el vuelo. Como si un fogonazo hubiera alumbrado su mente, la mujer recuerda por un instante el revolotear alegre de sus manos alrededor de las figuras que modelaba y esculpía en el taller de escultura, entonces impelida por el profundo amor que sentía por su maestro, por su mentor, por su amante. Su perdición.

El sanatorio se alza como un contenedor de desechos humanos. Sin embargo, ella no está loca. Nunca perdió el oremus. Solo se desconectó de la realidad por causa del desamor sufrido, de la incomprensión, de las burlas, del desprecio... Por la total incomprensión que recibió por parte de sus familiares y amistades, aliados en un malvado ejército para desmerecer su capacidad artística de primer nivel, aunque no fue reconocida en su tiempo, motivo por el cual sus manos creativas trasmutaron en destructivas para sus propias obras, muchas de las cuales hizo añicos a martillazos.

El pájaro bate sus alas. Parece que ahora sí tiene intenciones de echar a volar. Vuelve a trinar. Su canto es una sinfonía que la paciente, en un principio, interpreta como un réquiem para ella. De súbito, en sus labios aflora el conato de una sonrisa, en sus ojos flameando un brillo aguanoso colmado de desconcierto. El corazón de la mujer late con alegría por un momento, igual que lo hacía cada vez que desataba su pasión entre los brazos de Auguste Rodin, el amor de su vida, una relación imposible que la condujo al abismo, por el que se precipitó sin remedio empujada por los prejuicios sociales. Ella se incorpora, apoyando su enteco cuerpo sobre los huesudos codos. El pájaro vuela.

Camille Claudel se desploma, la vacua mirada de sus ojos incrustada en el pedazo de cielo enmarcado por el vano de la ventana, un cielo lejano e inalcanzable, un cielo enjalbegado por una mortaja de nubes plúmbicas, un cielo que es atravesado por el ave que vuela libre, tan libre como ella ya lo es al expirar...

Varios años después.

—Señorita, tome papel y pluma, y hágale llegar con urgencia la nota que voy a dictarle a los familiares de Camille Claudel, cuya dirección tiene anotada en la agenda:

“En respuesta a su solicitud de información sobre el familiar enterrado en la tumba 1943 –n 392, según se recoge en el certificado funerario, sentimos tener que informarle que dicha sepultura ha desaparecido, pues la institución médica necesitó realizar una serie de ampliaciones, y a tal efecto fueron empleados los terrenos del pequeño cementerio donde eran inhumados los cadáveres de los pacientes olvidados por sus familias.”